

ALGUNOS RECUERDOS.

Después de varios meses leyendo testimonios en esta página, he pensado que debía aportar el mío.

Nací hace más de 60 años. Mis padres no pertenecían, ni pertenecieron, al OD. Yo no fui un chico de club ni alumno de Fomento.

Estudié la primaria en un colegio de religiosas, creo que les debo el 90% de mi fe y les estoy muy agradecido por ello. Además eran unas magníficas maestras.

Luego asistí a un colegio público y más tarde a un instituto.

El primer recuerdo que tengo de algo relacionado con el OD fue en el instituto. Unos compañeros leían Camino en alta voz riéndose de su contenido. Debo confesar que aquello no me agradó, pensé que estaban haciendo burla de algo relacionado con mi fe católica.

Cuando llegó el momento de iniciar mis estudios universitarios, mis padres (por recomendación de un matrimonio conocido) me propusieron ir a Pamplona. Yo no tuve nada que objetar, ir a vivir a muchos kilómetros de mi casa me pareció un plan atractivo.

Días antes de marchar, hablando con el peluquero mientras cortaba mi abundante cabellera, al decirle que me iba a estudiar a Pamplona me advirtió que tuviese cuidado para evitar que "me pescasen", no entendí muy bien la advertencia, pero le tranquilicé haciendo gala de mi capacidad de aguante.

Residí toda la carrera en un colegio mayor del OD. Hasta tercer curso me resistí a asistir a ningún curso de retiro, pero ese año me doblegué. Ese mismo año (1982) también asistí al UNIV (segundo doblegamiento).

No tengo buen recuerdo de aquella estancia en Roma, fue un continuo pressing para pitar, conversando con personas que no conocía de nada. El último día me ofrecieron asistir a una tertulia con D. Álvaro en Cavabianca, solo para gente "de casa", en la que yo podría "colarme", lo rechacé diciendo que no iba a ir a un lugar en el que no me correspondía estar.

La vida en el colegio mayor transcurrió el resto de los cursos sin demasiados sobresaltos, de vez en cuando el capellán te agarraba con el lazo para tener alguna conversación o algún numerario se acercaba para decirme que por la tarde me buscaría para charlar un rato, lo cual me daba pie para desaparecer rápidamente hasta la hora de la cena.

La primera vez que oí que alguien había dejado el OD fue cuando alguno, en voz baja, comentó que el que había sido director del colegio mayor mi primer y segundo año se había marchado. No lo creí, no me parecía posible un hecho semejante, es más, pensaba que nunca jamás ningún numerario lo había dejado y menos habiendo ocupado un puesto tan elevado (así me lo parecía) en el escalafón.

Llegó por fin el último año de la carrera. Mi renovación como residente del colegio mayor había dependido de la asistencia a una convivencia de verano en Torreciudad, de la que conseguí escaparme el tercer día alegando no sé qué excusa.

Aquel año 1986 un (buen) amigo numerario dejó de ser numerario y pasó, por motivos graves de índole familiar, a ser supernumerario, pero me pidió que no lo divulgase. Creo que esta circunstancia cambió algo en mí, por primera vez tenía un amigo supernumerario, alguien que, en su caso, podría casarse y ser un ciudadano "normal".

El curso terminaba en junio. En mayo otro numerario de mi misma carrera se lanzó a por todas a hablarme de pitar como supernumerario, y por primera vez el asunto no se me hizo raro. Pensé que aquello podía ser una señal: que mi amigo numerario ahora fuese supernumerario, que el curso, la carrera y mi estancia en el colegio mayor se terminaban en unos días, que tal vez fuese un aviso para coger un tren que se podía escapar.

El numerario que me hablaba de pitar me propuso hablar con otro residente para hacer una romería (estábamos en mayo) y allí que me fui, se lo propuse y aceptó.

Y así, el 14 de mayo estaba yo ya escribiendo la carta, con una pluma prestada y en papel color marfil, dirigida al entonces consiliario D. Tomás Gutiérrez. No recuerdo nada de lo que escribí, y cuando digo nada, es nada, porque como es bien sabido no te dan una copia.

Los recuerdos de aquellos días son una nebulosa, creo que la idea del tren que se escapaba y que tal vez nunca volvería pesó mucho. ¿Tenía vocación? Tal vez no lo tenía claro, pero ¿no significaba algo tanta insistencia? ¿y si en realidad sí que la tenía y yo no me daba cuenta? ¿Fue mi respuesta un no lo sé, pero por si acaso digo que sí? No sabría decirlo con seguridad, han pasado demasiados años.

Terminado el curso, a finales de junio de 1986 comencé mi primera convivencia de supernumerarios jóvenes. Duró quince días. Se me hizo eterna. Me sobresalté al ver a mis compañeros de habitación rezar por la noche con los brazos en cruz y más todavía cuando en el primer círculo vi que uno se levantaba, se ponía de rodillas, decía algo que había hecho mal y el que dirigía le administraba una especie de absolución y penitencia. Nadie me había dicho que había que confesarse en público, pensé yo.

Al volver a mi ciudad comencé las charlas de formación que me correspondían, en noviembre de 1986 hice la admisión y en noviembre de 1987 la oblación, en unas ceremonias de las que apenas recuerdo nada.

Recuerdo que en una ocasión, durante la charla, el numerario que me tocaba me propuso pensar (y supongo que rezar) en la posibilidad de pasar a ser numerario. Creo que me asusté, pero el asunto no tuvo mayor recorrido.

Comencé también mi vida profesional, la cual incluye el cálculo como instrumento de trabajo. Pasé interminables horas, días, semanas y años intentando calcular como introducir en mi vida diaria los minutos y horas de aquel interminable plan de vida lleno de normas y costumbres. Hice cientos de cuadros y diagramas, pero nunca lo conseguí. Parecía que aquello del guante que se adapta a la mano no funcionaba en realidad. Tal vez la mano era demasiado grande o los guantes disponibles eran demasiado pequeños.

Hice el curso de estudios entre 1994 y 1996 con unos compañeros fantásticos, gente campechana y sencilla que me acogió con mucho cariño por ser yo el más joven.

En 1994 me casé y hemos tenido cinco hijos. En nuestra luna de miel pasamos por Roma e intentamos ser recibidos en Villa Tévere por el prelado. No fue posible. Sin embargo, semanas después, en el centro me entregaron una carta que nos dirigía D. Javier en la que lamentaba no habernos podido ver, nos deseaba lo mejor para la vida que iniciábamos y nos daba su bendición.

No recuerdo que nunca, ni sacerdote ni numerario alguno, intentase meterse en el lecho conyugal, de la misma manera que tampoco recuerdo intromisiones en mi vida profesional o presiones para llevar a nuestros hijos a Fomento. Algunos han ido y otros no, porque o bien no podíamos pagarlo o porque pensamos que en el momento escolar en el que estaban no debían ir a un colegio a casi 30 km de su casa.

Tengo que fijar entre 2006 y 2007 el momento en el que el asunto del guante y la mano se hizo insolucionable. Mi vida familiar y profesional era ya demasiado complicada como para sumarle más retos. Con un circo de dos pistas era suficiente, añadir una tercera era una locura.

Dejé de asistir a círculos, charlas, retiros y convivencias, la del 2007 fue la última a la que asistí. El director del centro me llamaba algunas veces y me invitaba a tomar una cerveza, departíamos amigablemente y nos despedíamos hasta la siguiente, que solía ser al cabo de varios meses.

Todavía asistí a cursos de retiro del OD en 2012, 2014 y 2016.

Nunca dejé de rezar diariamente el rosario.

Así fue la cosa durante varios años. Antes de los 19 de marzo el director me solía llamar para quedar y llegaba él, llegaba yo o llegábamos los dos al acuerdo de seguir un año más. Uno de los últimos años, sin embargo, me sugirió la posibilidad de dejarlo, decidí hablarlo con el entonces sacerdote del centro (a quien yo apreciaba mucho pues administró los últimos sacramentos a mi padre) y continué un año más.

Debo decir que mi posición económica, con cinco hijos (algunos ahora ya trabajando gracias a Dios), era y es más bien ajustada, por lo que mi aportación mensual nunca fue gran cosa y tengo también que decir que no recibí presiones para aumentarla.

En un anterior escrito ya hice referencia a un hijo nuestro que pitó como numerario y lo dejó antes de terminar el segundo año del centro de estudios.

En 2020 el director con el que yo hablaba cada varios meses, un tipo mayor ya de vuelta de todo, con buen humor y mala salud, fue trasladado de ciudad. Justo antes de su marcha, me había convencido para volver, o intentar volver, a asistir a los círculos. Y efectivamente, ya asistía con cierta regularidad, de manera que ante su marcha, la persona que dirigía el círculo me fue asignada como el que debía llevar mi charla fraterna (charla que en los últimos años había consistido en ir a tomar una cerveza cada varios meses).

Esta persona era bastante "pata negra" y aquello empezó a resultarme, de nuevo, insoportable. Y ahí estaba yo, con casi 60 años, poniendo excusas de niño pequeño para retrasar la charla una semana más, pero finalmente el día llegaba, y el nivel de ansiedad se me disparaba durante la mañana esperando que llegara la hora, por la tarde, de rendir cuentas.

Seguí aguantando cuando esta persona fue trasladada con motivo de la fusión y reducción del número de delegaciones en España y me fue asignado otro numerario, menos pata negra y buena persona sin lugar a dudas.

Debo reconocer que el asunto de la charla fraterna siempre, desde el principio, se me hizo muy difícil y cuesta arriba, supongo que por mi manera de ser, sin que nunca me plantease, ni supiese, que lo allí tratado podría ventilarse en los consejos locales. También la norma de la confesión semanal (que pocas veces creo que cumplí) me causaba gran inquietud, no sabía de qué acusarme y, como no era cuestión de inventarme pecados, hacía lo que mi conciencia me dictaba.

Nunca me planteé (hay demasiadas cosas que no nos planteamos cuando estamos dentro) si cuando se hacía la lista de San José se entraba en intimidades de otros que no debieran airearse en público en un grupo de personas, pero sí me planteaba: ¿cómo voy a hablar a nadie para que entre aquí si yo mismo tal vez desearía no estar aquí?

De hecho muchas veces simplemente no asistía (no quería asistir) ese día al círculo, en el que se abría el sobre del año pasado y se ponían los nuevos candidatos del año en curso.

En mayo de 2022 fui por última vez a un círculo e hice por última vez la charla. Al salir del centro decidí que aquel iba a ser el último día. Todo aquello me resultaba insufrible y, de hecho, yo ya estaba más fuera que dentro. Me llamaron en julio para asistir a una tertulia con D. Fernando, que estaba de visita en mi comunidad autónoma, pero no fui.

Poco después pensé en comunicar por escrito al director del centro mi deseo de no seguir y busqué en internet los estatutos. Viendo allí las referencias a la dispensa y pensando que, si lo manifestaba en ese momento, mi vida hasta el siguiente 19 de marzo iba a ser un suplicio, decidí dejar pasar el tiempo hasta que se acercase ese día.

Me llamaron y me enviaron wasaps a los que no contesté, el celador de mi grupo me siguió enviando resúmenes de lo tratado en el círculo, intentaron contactar con mi mujer.

Por fin, el pasado 8 de marzo envié una carta (ordinaria) al director del centro comunicándole simplemente que no iba a renovar el próximo día 19.

Pasé el día 19 en tensión, el director me envió un wasap felicitándome por mi santo y preguntándome si podía llamarme por teléfono. Le agradecí lo primero y no contesté a lo segundo. Y el día pasó.

El 20 de marzo sentí una gran paz. Me dije que, por fin, iba a poder ser un cristiano corriente, de la calle, no un farol, ni encendido ni apagado.

Ese mismo día entré por primera vez en opuslibros y durante las semanas siguientes empecé a leer decenas o cientos de escritos enviados por las personas más diversas. Nunca lo había hecho, conocía la página, pero entrar en ella me parecía que habría sido una falta de lealtad.

Ese mismo día, a primera hora, envié un correo para anular la domiciliación bancaria de mi aportación mensual y también me di de baja en la newsletter del OD.

Acto seguido me puse a trabajar, como otro día cualquiera.